

MADRID COMICO

AÑO 1912.—Madrid, 6 de Abril.—Núm. 111.



PASTORA IMPERIO

20
cents

DE TODO UN POCO



Los extraordinarios que *El País* y *El Globo* dedican a los predicadores en el Jueves y Viernes Santos, llevan la intranquilidad y el desasosiego a muchos hogares.



—¿Qué le pasa á usted, D. Modesto?— pregunta el ama á uno de los oradores sagrados de este Madrid verdaderamente cómico.

—¿Qué quieres que me pase, Prudencia? Que es necesario armarse contigo ó mejor de ti - para sufrir con calma lo que dicen estos periodicuchos.

—¿Pues qué? ¿Se meten con su sermón de las Capuchinas?

—Con ese, y más aún con el de San Lucas.

—¡Válgame el Señor! ¿Y qué dicen?

—Oye y tiembla, hija de mi alma. *El País* dice lo siguiente:

«IGLESIA DE LAS CAPUCHINAS

D. MODESTO BALADRÁN

Es un señor gordito, rubicundo como las mieses en sazón; tiene una voz de bajo profundo, que hubiérale valido una fortuna de haber cantado en el Real. Empieza por sacudir tres veces la cabeza, como diciendo: «¿Qué diré?» Luego una tos, un si no es perruna, le ataca de repente al pobrecillo cual si tuviera el muermo ó el moquillo. Se conoce que el ama no le calienta al pater bien la cama...»
—Ya se lo dije á usted, y no me hizo

caso— interrumpe la imprudente Prudencia.

—Bueno; ya ves que todo ello es muy rastrero, muy rampón y muy bajo.

—Lea usted lo que dice *El Globo*. Ese se elevará más, de seguro.

—¿Sí, eh? Pues atiende y compara. Dice:

«SAN LUCAS

D. MODESTO BALADRÁN

Es un señor flaquísimo, moreno; con el cutis tostado, cual si fuera un soldado de los que vencen hoy al agareno (!) Parece, por su facha, un nazareno. Su voz es como un pifano aflautado... Comienza por rascarse las narices, achaque de oradores infelices; pero no tiene el vicio que otros muchos de ponerse á toser como los chuchos... Se conoce que el ama calienta bien al clérigo la cama...»

—¿Pero qué tengo yo que ver con los sermoncitos para que me traigan y me lleven esos demonios de reporters?

—Calma, Prudencia de mi vida.

—¡Sí! Todos vamos á tener la sangre de horchata, como usted, que sufre cuanto le dicen sin quejarse.

—Más sufrió Cristo por nosotros.

—Lo que me choca es que un periódico le pinta á usted como obeso y rubio, y el otro como desmirriado y moreno; que para aquél tenga usted la voz de bajo profundo, y para éste de pifano constipado; que para uno tosa y para el otro no...

—Todo tiene su explicación, Prudencia... El sermón de las Capuchinas se lo endosé por quince pesetas al padre Cleto, y el de San Lucas por otras quince á D. Domitilo. Con lo cual me he ahorrado catorce duros como cator-

La mantilla blanca está llamada á «desaparecer» antes que la forma poética.

Realmente, los que van á las estaciones en Jueves Santo (y no hago alusión á los cocheros de la Sociedad General de Omnibus) y á presenciar el paso de



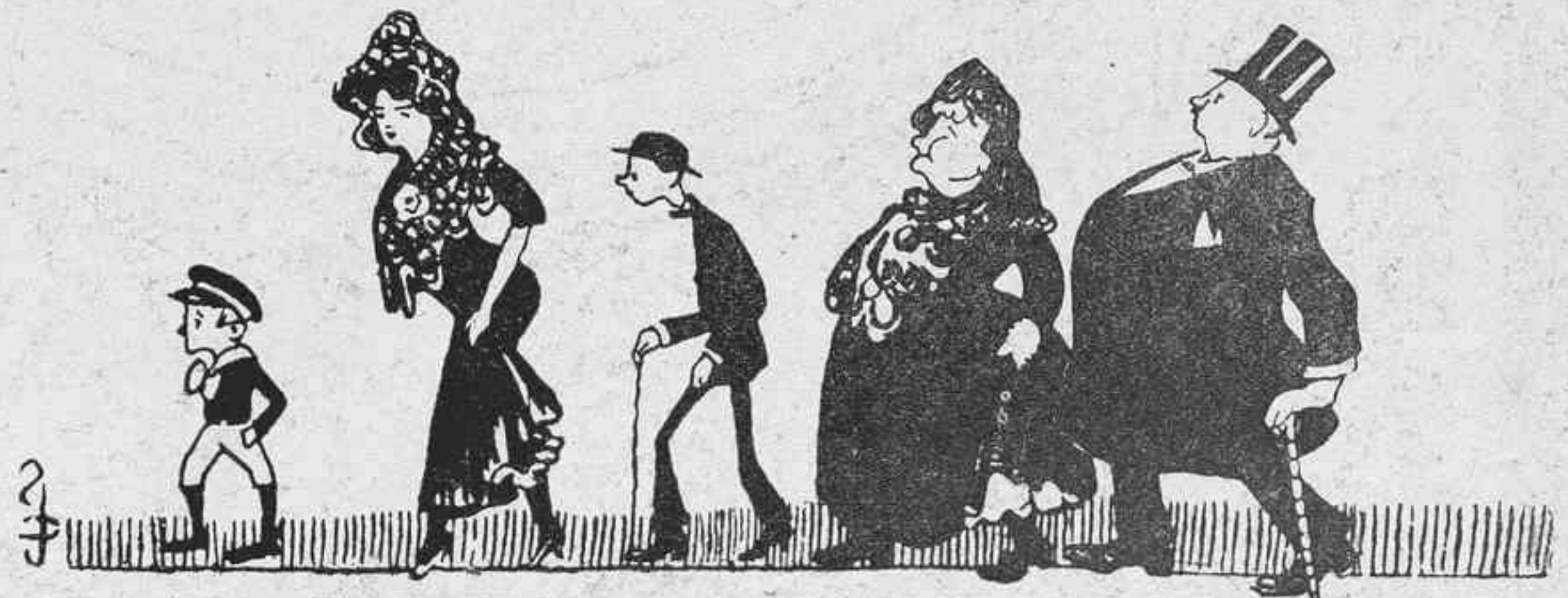
los Pasos el Viernes, pudieron aplicar á esa prenda de la indumentaria femenil la máxima del *Non erat hic locus*, del *Arte poética* de Horacio.

La negra, de encaje ó de madroños, es la mantilla que deben lucir las mujeres guapas en la vía pública, y no la blanca.

Por cierto, que eso de que todas están muy bien con la blanca es una leyenda no más.

Las hermosas lo estarán y lo serán siempre; y las feas, se les puede aplicar la frase del maestro Arrieta á su patrona, cuando ésta quiso un día *disimular* ciertas extralimitaciones del gato en el brasero de la camilla:

—Con azúcar, está peor...



ce soles, y un par de berrinches, por lo menos. Es una martingala que nos traemos muchos para estos días...

Y me retiro modestamente por el foro, para ir á la corrida á beneficio de los pobres de la Diputación provincial.
Carlos Miranda.



—Estoy convencido de que los *sports* transforman al hombre. Antes decía todo el mundo que yo era un patoso y apenas me puse los *skis*, ya dicen que tengo muy buenas caídas.

INFORMACIONES PINTORESCAS

La liga de los hampones

Vamos á componer una nueva página en honor de nuestros pícaros y hampones tradicionales. Es un homenaje literario que debemos á estos truhanes pintorescos, que han sabido regocijar las horas de los buenos hidalgos, nuestros abuelos.

Cuando el mendigo, ese típico mendigo que cruzaba la desolada llanura de Castilla, no era perseguido y hasta quizá era considerado como una razón para que luego se hiciera literatura, la mendicidad era individualista. Hoy la mendicidad se ha asociado, siguiendo indudablemente las enseñanzas de la ciencia moderna.

Nada tan curioso y tan pintoresco como una asociación de mendigos. Estas asociaciones constituyen una fuerza social de verdadera importancia y son indestructibles. Ni la presentación personal, ni el aislamiento forzoso, ni la recogida, han conseguido destruirlas. Y ocultamente, recatadamente, viven y prosperan y se desarrollan. Nosotros hemos tenido la satisfacción de ver y conocer su existencia, gracias al inmoderado honor de poder platicar con el presidente de la Liga de hampones maritenses.

Era una mañana fría é invernala cuando nos dirigimos á la puerta del templo, donde nuestro amable entrevistado pedía plañideramente su limosna á los devotos. Apenas supo nuestra pretension encaminóse a la taberna más cercana y allí, en el más obscuro rincón de la estancia platicamos largamente, mejor dicho, escuchamos atentamente su conferencia.

—Chico, danos de beber— pronunció

con el aplomo de un banquero que pide caja de champagne y luego dió principio á su conferencia:

—Señores; la mendicidad es una cosa muy poco comprendida. Para ser mendigo se necesita mucho más talento que para ser *abogado* ó médico ó ingeniero, y, sobre todo, hay que ser artista. Un bruto puede ser ladrón, y eso tiene sus quebras; pero no puede ser mendigo. Para esto hay que ser cómico y saber de enfermedades. Nosotros tenemos que estudiar mucho. Y seguimos este aprendizaje: Desde pequeños aprendemos á pedir explotando nuestros piecitos descalzos, nuestras manitas llenas de sabañones, nuestros mocos y nuestra roña. Se pide para el padre baldado ó para la madre viuda con cinco hermanitos. Para eso hay que pasarse el día llorando, pero de eso ya se encargan los mayores tirando á los chicos cada pellizco que los levantan en vilo. Los pequeños conviene que pidan á la gente joven. Los viejos, sobre todo las viejas, no dan ni la hora. Claro que nunca falta un señor de esos que llaman ustedes filántropos que se meta en si este chico es de su madre, ó no. Total, que te quitan la criatura, pero chicos nunca faltan. Los pobres se dan mucha prisa.

Luego, ya de mayores hay muchos que se dedican á pedir por el espanto, por la amenaza y el atraco. Esto sólo lo hacen los pobres sueltos, no los asociados que saben su oficio. Un mendigo no tiene que ser ni matón, ni ladrón, si quiere vivir en paz y hacer unos cuartos.

Lo más importante es saber preparar una pierna ó un brazo, saber pintar una úlcera ó una llaga, saber atarse una cuerda que produzca una hinchazón fingida, saber escamotear las manos y los piés, y retorcerse. Esto no todos lo saben hacer. El que sabe se hace rico.

Yo tengo en Madrid, dos casas y un tejat.....

—¿Que cuánto se saca? Un pobre que se estime no debe ganar menos de cinco á seis pesetas diarias.....

—Lo de la taberna es un mito. Nosotros alternamos cuando hay que alternar como el primero, pero no nos conviene desacreditarnos en la vía pública.....

—¿De los Asilos? Calculen ustedes cómo vamos á sufrir tener que comer el *gabi* cuando al que más y al que menos no le falta el jamón.

—Y ahora, señores tanto gusto y á mandar.

Y cogiendo sus muletas y componiendo en su rostro un gesto dolorido, salió renqueando de la tasca dejándonos estupefactos.

Por la interviéu
Antonio Roldán,

De la Ceca á la Meca

A un niño que ha nacido muerto.

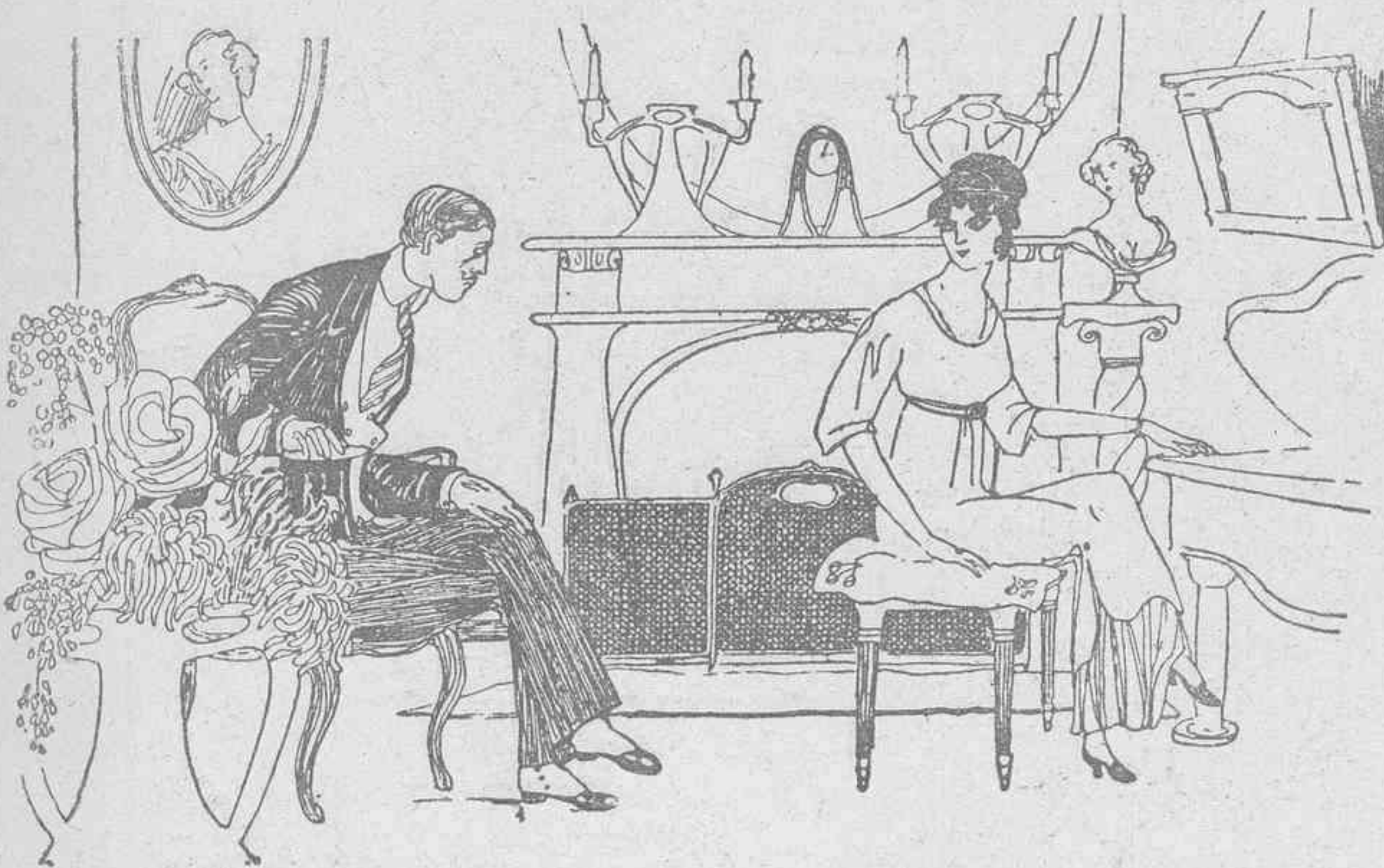
Hoy tenía anunciado
la Providencia
tu debut en el cine
de la existencia,
mas la empresa del Limbo,
que te reclama,
ha hecho que se varíe
todo el programa.

El cambio ha sido cosa
de unos minutos,
y como no se cuenta
con substitutos
para estas variaciones
tan imprevistas,
(que no en ran en los planes
de los artistas),
nos ha causado á todos
mucha sorpresa
el que te hayas marchado
con otra empresa,
sin dar explicaciones
al auditorio,
que impaciente esperaba
tu repertorio.

En el cambio, has salido
divinamente,
y al conseguir á tiempo
ser excedente
y escurrirte del mundo
como una anguila,
has demostrado mucha,
mucha pupila.

¡Dichoso tú mil veces,
porque te alejas
sin haber visto á Maura
ni á Canalejas!
¡Sin haber admirado
nunca á Chicote,
ni leído un soneto
ni un estrambotel...!

No puedes figurarte.
pequeño amigo,
las ganas que me quedan
de irme contigo;
de emigrar á otros mundos,
á otro hemisferio,



—¿Has pedido la mano á papá?
—Sí.
—Y ¿qué te ha dicho?
—Que no me la puede dar.
—¿Por qué?
—Por la sencilla razón de que es manco.

donde no hablen del *Gallo*
ni de la Imperio,
donde se hable de Ceres
y de Minerva,
¡no de Montero Ríos
y de La Cierval!

—
No quiero describirte,
por no cansarte,
este cine que dejas
al alejarte.

Yo estoy deseando, chico,
que se termine,
porque ¡ay, si tú supieras
cómo está el cine!

El decoro, las artes
y la cultura
han puesto sus sesiones
á tal altura,
que cuando una persona
fina y decente
quiere entrar en el cine,
¡la echa la gente!
No se puede ser bueno
ni ser honrado,
porque de él esas cosas
se han desterrado,
y el que pretenda serlo,
por lo que estimo,
está, según los hombres,

«haciendo el primo».

—
Tal es el cine nuestro.
No sientas pena
por no haber conseguido
pisar su escena...
¡Feliz el que en el mundo
queda excedente!
Feliz el que no sufre
y el que no siente!
¡Feliz tú, que te libras
de sus inopias!
¡Chócala, que has estado
cómo las propias!...
Marciano Zurita.



- LA JOVEN.—Y ¿dice usted que este sombrero es el que han dejado para mí?
—LA DE PENDIENTA.—Sí; y le advierto que es un sombrero de 500 p-setas.
—LA MADRE.—Entonces no lo dudes. Ese es. ¿No has oído que ha pagado quinientas del a1a?



—¡Hola Antonio! ¿Y tu esposa?
—Ahí delante va. ¿No la has visto? ¡Siempre con la perrita!... La quiere más que á mí. ¿Te parece? ¡Estoy furioso!
—No se porqué. Después de todo es lo que tu buscabas; una mujer con perras.]

¡Para comérselas!

La tarde del Viernes Santo, yendo en dirección opuesta, encuéntrase dos cesantes delante de una taberna; y no teniendo otra cosa que hacer de mayor urgencia á fin de matar el tiempo ya que el hambre no se pueda, se dedican á la grata contemplación de las hembras que luciendo la mantilla y el traje negro de seda sacan de quicio á los hombres que pasan por junto á ellas, al evocar de las clásicas manolas la gentileza.
—¡Vaya usted con Dios, bonita!
—¡Olé las caras morenas!
—¡Bendito sea ese cuerpo!
—Si Nuestro Señor la viera no se moría en su vida.

—¡Uy, uy, uy! ¡Qué polvareda, íbamos á armar nosotros si usted me quisiese, prenda, y en un automóvil juntos nos fuésemos! ¡A sesenta por hora iba á ser lo menos!
—¡Qué mujer! ¡Eso es canela!
—van oyendo á cada paso.—
Y los cesantes, que apenas si pueden piroppearlas por estar faltos de fuerza y sobrados de apetito, dialogan de esta manera:
—Verdad es que no hay mujeres más hermosas en la tierra que las cristianas. ¿No es cierto?
—dice el uno.—En esta época sobre todo me entusiasman. ¡Qué guapas están! De buena gana me las comería á todas. ¿Y tú? ¿No piensas de igual modo que yo pienso?
—Ahora, hablando con franqueza,

—dice el otro—las cristianas me gustan poco.

—¿De veras?

—En cambio me vuelvo loco por las judías. Y mientras esto dice, su mirada se clava con insistencia en una abundante fuente que en la taberna hay de muestra.
—¡Ay!—añade.—Esas, amigo, sí que es án para comérselas!

Adolfo Sánchez Carrère.

Detectivismo.

Y está bien que *El duende de la Colegiata* de quien nos ha dado Marsal inmejorables referencias policíacas, quiera contribuir con sus talentos al esclarecimiento de la verdad en servicio de la justicia, ora en Madrid, ora en Barcelona; pero lo que no está bien es que todas las personas honradas, desde el obispo de Jaca á un humilde servidor de ustedes, pasando por Tórtola Valencia, como diría el elegante Lugin, vivamos expuestas á que cualquiera de los infinitos *amateurs* de detective que andan sueltos por esas calles de Dios nos declare, y lo pruebe con una sarta de deducciones, autores, cómplices ó encubridores de uno de esos crímenes tan sugestivos como espeluznantes que conmueven de vez en cuando la opinión pública, enriqueciendo de paso al propietario de *Los Sucesos*.

Tengo yo un vecino que desde que leyó *La marca de los cuatro*, narración de uno de los más extraordinarios descubrimientos del gran Holmes, se dedica á hacer deducciones con verdadero frenesí.

—Ten cuidado, hija mía—suele decirle á su criada—, con los gallegos y los asturianos; mira que son los descendientes directos de los bárbaros del Norte, que, como tú sabes, crucificaron á Mahoma é hicieron la revolución del 58.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?—acostumbraba á responder la fámula.

—Pero ¿tú pretendes engañarme? ¿Me has tomado por Fernández Llanos? ¿Negarás que esa huella negruzca que tienes detrás de la oreja es de la boca del carbonero de la esquina? ¿No sabes que todos los carboneros son bien galaicos, bien astures? ¡Inocente!

La criada se va sin responder, y no bien llega á la cocina, se pone á cantar á voz en cuello los cuplés de *Sarasa*, á fin de no oír más interrogaciones.

Pero lo peor es que desde hace unos días no se limita mi vecino á investigaciones caseras, sino que ha trasladado su laboratorio al descansillo de la escalera y le ha dado por hacer de todos los moradores de la casa víctimas de sus deducciones.

—Usted no es de Madrid, fuma pitillos de cincuenta céntimos y padece una enfermedad en una pierna—me dijo el otro día.

—Efectivamente—respondí confuso—, y tengo un lunar en el carrillo izquierdo. Pero ¿cómo ha podido usted averiguar...?

—¿Averiguar? Deducir, señor mío, deducir. Usted vive en una casa de huéspedes, luego no es de Madrid; acaba de

tirar la funda de una cajetilla de cincuenta céntimos, luego fuma cigarrillos de ese precio; es usted cojo, luego padece alguna enfermedad en una pierna. Es evidente. Por cierto que en esos tres detalles se parece usted al desconocido asesino de la calle de Tudescos

—¿Eh??
—Solamente él era cojo de la otra pierna.

—¡Ah!
—Parece que se mofa usted de mí.
—No, señor; es que, francamente ...
—Le asombro; sí, es natural. ¡Pobrecillo! ..

Acertó á pasar en aquel momento la señorita del segundo, y el detective me dijo por lo bajo:

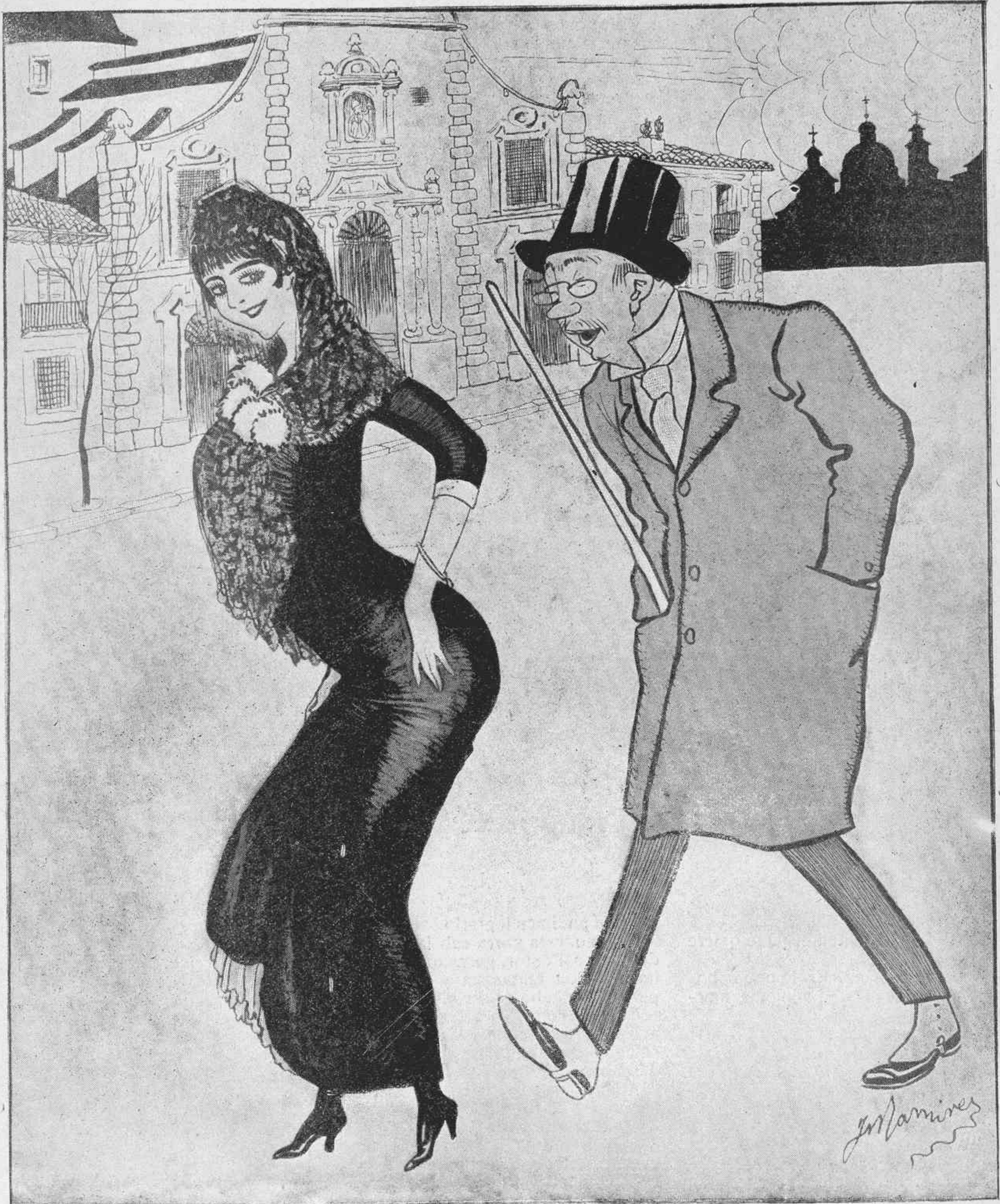
—¿A que no sabe usted por qué tiene tan enormes ojeras esa señorita?

—Lo ignoro absolutamente.
—Porque lee las novelas de Felipe Trigo ante un retrato de D. Jaime.

.....
He decidido mudarme de casa, porque eso de no poder guardar ningún secreto es horroroso.

El reverendo Borifacio.

RECORRIENDO LAS ESTACIONES



—Con una hembra como usted, recorría yo sin cansarme todas las estaciones del globo, serrana.

EL ACONTECIMIENTO DEL DIA

UN PASTOR QUE TRAE A ESPAÑA MUCHO GANADO

Jesús Durán

*Pastor en el barco.—Pastor en tierra.—
Pastor en el hotel.—Pastor en el tren.
Pastor en la estación.—Pastor en la
calle.—Pastor en su casa.—Pastor
en la sopa.*

Lo primero que hicimos al llegar á la Coruña fué apearnos del baúl con asientos que hasta allí nos condujo y encaminarnos hacia el puerto.

Un pescador nos detiene.

—¿Van ustedes á esperar á Pastor?

—En efecto.

Si me convidan yo les dejaré en el sitio...

—¿Eh?

Llegamos al muelle, encontrándolo materialmente invadido por la muchedumbre curiosa, que aguardaba impaciente la llegada del diestro triunfador. Deseando saber noticias del vapor que le conduce, preguntamos:

—¿Y el *Champagne*?

—Vino—nos contestan.

En efecto, allí estaba.

—A ver: un bote—exclamamos.

Minutos después nos hallábamnos sobre la cubierta del vapor en que viajaba el ex «Chico de la Blusa».

Trabajo nos costó dar con su persona.

—Un poquillo—nos contesta.—¡Como no estoy acostumbrado á los vapores...

Esto fué lo único que pudimos hablar á bordo.

Casi en hombros fué transportado nuestro héroe á una lancha que le llevó al muelle.

Durante el trayecto salían de todas partes las aclamaciones y los saludos.

Hasta la mar, algo picada, parecía saludarle con orgullo. Ola por aquí, ola por allá... ¡qué espectáculo más soberbio!

Ya en tierra, Pastor metiose en un vehiculo y se dirigió al hotel.

Allá fuimos también Durán y yo, dispuestos á no dejarle en paz ni un solo momento hasta no ver cumplida nuestra misión de contar á ustedes cuanto pudiera hacer el hombre del día á su regreso triunfal de América.

—¿Te parece que nos hospedemos aquí?

—Muy bien pensado.

Nos avistamos con el dueño del hotel.

—¿Tiene usted cuartos?—le preguntamos.

Entonces él, creyendo sin duda que se trataba de un vulgar *sablazo*, se va, dejándonos con un palmo de narices.

—¿Has visto?

—No importa. De aquí no saldremos mientras el Cid taurino se albergue entre sus muros. Es preciso hablar con él; vigilarle.

—Tienes razón. Manos á la obra.

Acto seguido, penetramos en la habitación que Vicente ocupaba.

Le encontramos bañándose.

—¿Pero es que no me van ustedes á dejar tranquilo?

—No, señor. Queremos conocerlo todo con sus pelos y señales.

—Ahora están á tiempo.

—¿Es verdad que viene usted harto de Miuras?

—No. De lo que vengo harto es de *ver aguas*.

—Dicen que tembló usted al ir á torear la corrida de Monterrey.

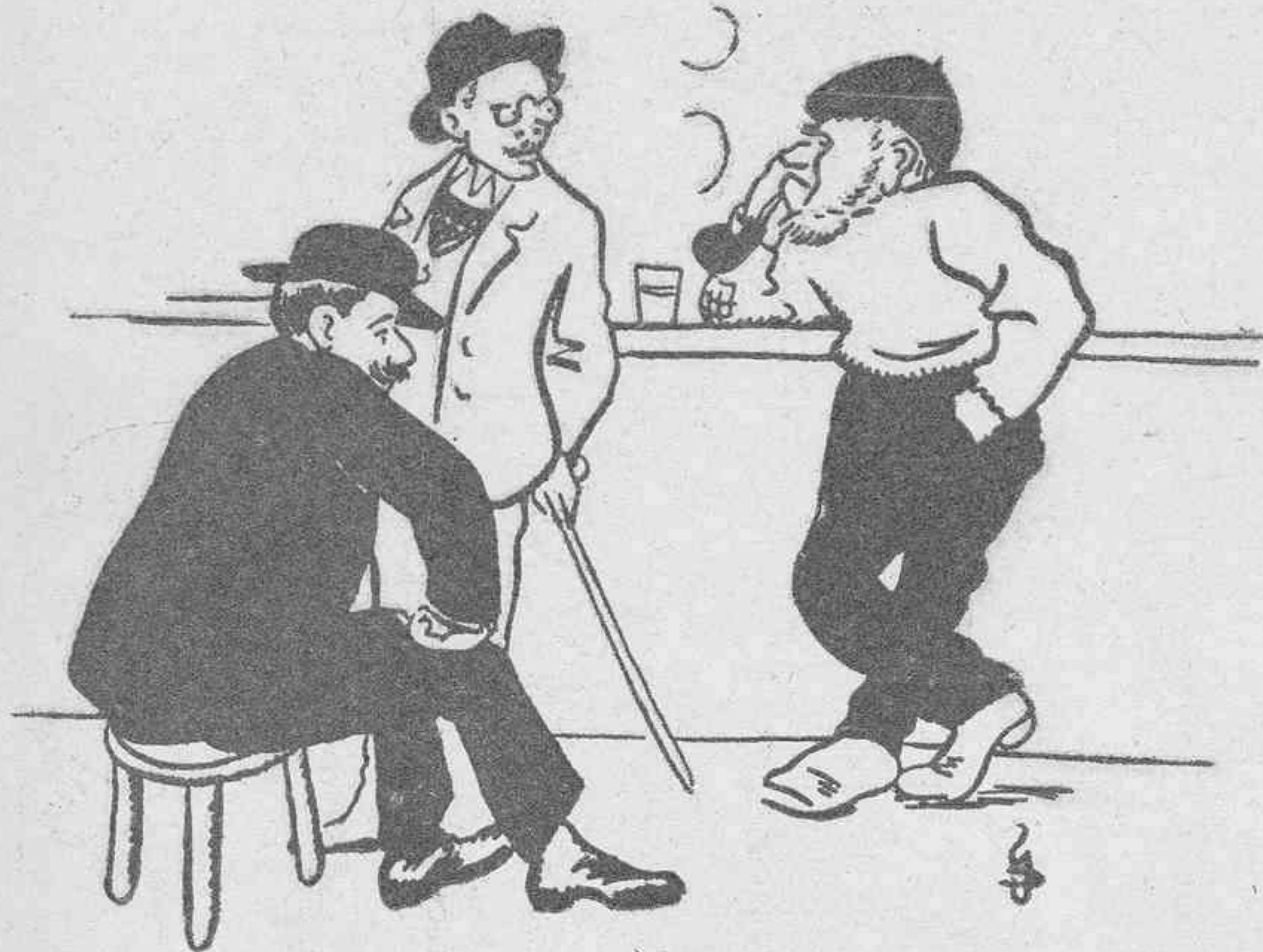
—Cierto. ¡Como que se esperaba que el tren en que íbamos fuese asaltado por los rebeldes, no sé si los «gomistas» ó los «maderistas».

—¿Temía usted que se lo comieran?

—Hombre, no sé. Pero creo que no hubiera sido difícil porque á mí se me puso carne de gallina. Además que el asalto de una partida no es una partida de asalto.

—¡Claro que no!

—Quiero decir que no es cosa de juego.



—Donde ha de desembarcar.

—No hay inconveniente. ¿Qué quiere usted tomar?

—Un vaso de caña. Es lo que bebo.

—¿Y no pesca usted ninguna merluza?

—¿Pescar merluzas con caña? Nunca lo he visto.

Entramos en un establecimiento de bebidas. Mientras nos sirven le interroga á os:

—¿Qué clase de pescado coge?

—Barbos.

—Entonces, ¿es usted *barbero*?

—Sí. También suelo sacar alguna raya.

—Es natural.

Al fin pudimos lograrlo.

Una modesta gorra cubría la cabeza del divino Pastor, gorra que á nuestra imaginación fantástica y calenturienta parecióle nimbo de luz gloriosa.

El apiñado grupo de curiosos que le acosaba, disputándole las primicias del saludo, nos impidió la proximidad que deseábamos.

Al divisarnos el diestro nos tendió la diestra; pero debido á la inmensidad de gente que le rodeaba no pudo llegar á nosotros aquella mano que tantas veces había llegado al pelo.

—¿Qué tal, Vicente?—le preguntamos á voces.—¿Le ha mareado el *Champagne*?

—Comprendido.
—¡Si vieran ustedes cómo pegan!...
—¿Pegan mucho?
—¡Ya lo creo! Sobre todo, los *gomistas*.
—¿Vió usted allí á Emilio?



—Sí.
—¿Y á su pareja?
—También.
—¿Le dijo ella algo del fuego de su pasión?
—¿Del fuego? Nada. ¿No ven ustedes que siempre iba con *Bomba*?
—Y de su enamoramiento de una tiple muy conocida, ¿qué?
—Ná. Es mentira.
—Hay quien asegura que se veían ustedes á todas horas.
—Eso, sí. ¡Como que vivíamos juntos!...
Pero no pasó de la conversación natural.
—¿De modo que no hubo más que palabras?
—Nada más.
—¿Y corridas? ¿Cuántas ha toreado?
—Once.
—¿Pagadas?...
—A cinco mil pesos cada una.
—¿Siendo así traerá usted á España mucho ganado?
—Bastante.
—¿Veinticinco mil duros?
—Por ahí, por ahí.
—¡Eso es ganar dinero!
—¿Qué pases le gustan á usted más?
—Los del tranvía. ¡Se ahorra un tanto dinero...!
—¡bamos á insistir en lo de la tiple; pero considerando que era peligroso y comprometido para él recordar cosas femeninas dada la situación en que se encontraba, decidimos ausentarnos un instante para volver cuando estuviera seco.

La afición coruñesa proyectó en seguida la celebración de un banquete monstruo en honor suyo, al que asistiría casi toda la población.

—Va á ser un banquetazo—decían entusiasmados los organizadores. Pero tuvieron que desistir de tal propósito con harta sentimiento por su parte, porque Vicente en cuanto supo que pensaban darle un banquetazo, ocultándose para que no le conocieran, salió de

allí más que á escape con dirección á la villa y corte.

Afortunadamente nosotros le reconocimos y marchamos tras él.

Ya en el interior del coche, Pastor se atrevió á descubrirse.

Nuestra presencia le produjo visible turbación.

—¿Aquí también?... ¡Ni que fueran ustedes mi sombra!...

—Usted perdone. El deber...

—¿Pero es que tienen ustedes el deber de fastidiarme?... En fin, paciencia. Les suplico que no digan á nadie que voy yo aquí.

—Descuide.

Aprovechando el silencio que siguió á este breve diálogo, nos dedicamos á la atenta observación del héroe, con objeto de no perder detalle.

Pastor se sienta como todo el mundo. En esto no ofrece variante alguna digna de mención. Tiene la costumbre de cruzarse de piernas de vez en cuando. Fuma cigarros de cuarenta y cinco y echa el humo por la nariz. Cuando siente frío se arropa con una manta de viaje que lleva al efecto. Habla poco. Escapa algo. No se asoma á la ventanilla ni por casualidad. Se lo veda el miedo á ser reconocido y aclamado en cualquier estación.

Todos conocen la excesiva modestia del espada y el horror que le inspiran las manifestaciones de entusiasmo y de las otras.

En su afán de sustraerse á la curiosidad pública, hubo instantes en que creímos que se iba á meter debajo del asiento.



Así llegó á Madrid.

Los pocos amigos que noticiosos de su vuelta le aguardaban en el andén, tuvieron que esperar á que saliera el último viajero para poder abrazarle.

Algunos se marcharon creyendo que ya no venía.

Apenas echó pié á tierra, las ovaciones se renovaron. Parecía que estábamos en la estación de Las Palmas.

Pastor, siguiendo su habitual costumbre, comenzó á protestar de aquello. Más el Pastor protestante se hubo de

aguantar y permitir que le retratasen unos cincuenta ó sesenta fotografías que, en previsión de su llegada, dormían en la sala de espera desde tres días antes.

Como en la Coruña, alquiló un *simón* que le condujera á su domicilio; y como allí, no pudo evadirse tampoco de las demostraciones de entusiasmo, pues una multitud de chiquillos montados á la trasera lo fueron delatando con sus voces.

A poco un compacto grupo cercaba el carruaje imposibilitando su marcha.

—¡Viva Pastor!

—¡Vivaal! —se oía incesantemente.

—¿Pero qué es eso?—preguntaban algunos transeuntes ignorantes de la nueva sensacional—¿Ha venido ya?

—Sí, hombre.

—¿Dónde va Vicente?

—Donde va la gente, ¿No lo vé usted?—les contestaban los enterados indicando la comitiva.

Frente al portal de su casa arremolinóse el barrio entero reclamando su presencia en el balcón.

Izquierdo Durán y yo subimos para sorprenderle, por último, en la dulce intimidad del hogar.

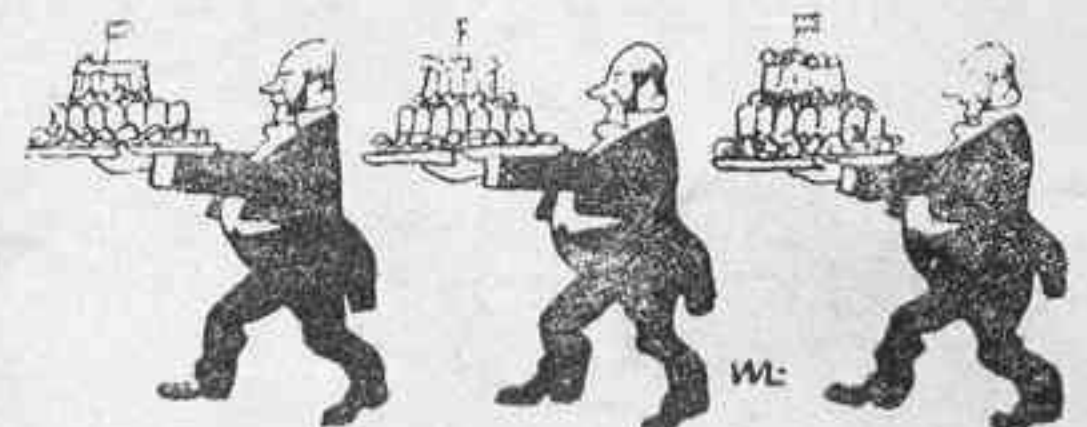
Pastor había empezado á comer y se hallaba en el primer plato: en la sopa. Por cierto que no la pudo acabar á consecuencia de su modestia exagerada.

¿Por qué? Ahí va la explicación como detalle curioso y demostrativo del entusiasmo loco que por el victorioso espada se siente.

La sopa, comprada á un tendero de la calle, pastorista acérrimo, era de le-

tras; y éstas, al ser cogidas por Vicente con la cuchara para llevárselas á la boca, formaban, ¡oh, fatalidad!, un ¡viva Pastor!

El Coco de la Lata.



LILAS

CANCION

Letra de Adolfo Sánchez Carráze, música del maestro Romero.

Canto

allegretto

Piano

Voz

Lle-va se- ñores es ta fle- ris- ta de li-las

Fin

Lle na su ca- nos ti- lla en tre los po- llos to- dos los

di- as con estas flores ga no la vi- da ————— pues por mí

¡LILAS!

Lle-va se- ñores
esta florista
de lilas llena

su canastilla.
Entre los pollos
todos los días
con estas flores
gano la vida,
pues por mí todos
se despepitan
y dan por ellas

cuanto les pida;
siempre su bolsa
dejo vacía
mientras pregonó
las flores mías.
¡Lilas! ¿Quién quiere?
¡Del campo, lilas!

to dos se despe - pi tan y dan por e - llas enantos pi - da siempre su

bel sa de jo va - a - a mientras p rego no las flores mi - as ah -

ah — Li las — Li - las —

al modo de pregón
menos — ¿quien quiere li - las? — *rit. medio recitado* del campo li - las —

menos *D.C. dos veces vista. Fin*

II

Por las mujeres que se dedican en los teatros á coupletistas bastantes hombres, la mayoría, locos se vuelven cuando las miran;

y detrás de ellas van enseguida, pues cosa fácil creen su conquista. Y hay quien su bolsa deja vacía por obsequiarlas con flores más. ¡Lilas! ¿Quién quiere? ¡Del campo, lilas!

III

Hoy muchos hombres pasan fatigas porque una moza guapa y castiza, con sus miradas la paz les quita. Y recordando su cara linda,

haciendo versos pasan el día, versos que á ella luego le envían por ver si logran con poesías, que, al fin, se vuelva loca perdida. ¡Lilas! ¿Quién quiere? ¡Del campo, lilas!



El maestro D. Amadeo Vives le ha dado por escribir, y primero en *La Tribuna*, y luego en *El Imparcial*, está publicando unas quisicosas que titula *Ropsodias*. No le alabo el gusto al maestro: como músico está muy bien; díganlo *Bohemios*. *La balada de la luz*. *Don Lucas del Cigarral*, que tal vez estén fusiladas como dicen, pero que á los que no estamos en el secreto, nos proporcionan un agradable momento de ensueño. Ahora, como escritor, es de una bellaquería, de una insignificancia muy desagradables. Para ser escritor le falta saber escribir, tener el sentimiento del estilo y cosas dentro de la cabeza, con enjundia y con originalidad, que sean dignas de que las conozcan sus contemporáneos. Y Vives, lo único que posee es un gran caudal de vanidad catalana.

Créame, vuelva á su pentágrama y componga ó robe música, nos es lo mismo, con tal de que sus partituras tengan el buen gusto y el sentimiento artístico de las que ha firmado hasta la fecha, y deje en paz la pluma pecadora, que el prado de las bellas letras sufre daños feroces con su planta de caballo de Atila.

**

Ha publicado un folleto D. Heliodoro Porquerón, ¿cómo no le dará vergüenza llamarse de un modo tan repugnante? ¡Es tan fácil cambiarse el nombre!

Se trata de un folleto revolucionario. *El fondo Social* es tan malo como cualquier artículo de fondo, que es donde suelen exhibir su tesoro de lugares comunes los señores folicularios.

En *El fondo Social*, afirma el citado Porquerón que es preciso colgar á todos los empleados públicos. ¡Brava solución! En cuanto ahorquen á cuatro escribientes temporeros, ya está todo arreglado. Añade que «al ver el grotesco espectáculo del viático, por las calles, hay que *disuadirle á pedradas*». El grandísimo *Porqueronazo*, quería decir dispersarlo, pero no siempre se escribe lo que se quiere, como demuéstrase á diario en casi todos los periódicos.

El fondo Social da fin con un nuevo santoral revolucionario, escrito en verso. ¡Qué amor sienten hacia el verso, casi todos los mentecatos!

Todas las hembras de garbo
deberían adorar
á San Rodrigo Soriano,
á San Lerroux ó á San Pablo Iglesias ó San Melquiades
mejor que á Pedro ni á Juan,
Cirilo ni Timoteo,
ú otro santo que hay por ahí,
que en el cocido del pobre
no ponen ni fú ni fá.

Pues, si los pobres esperan algo de los señores del margen revolucionarios, para *poner el cocido*, me parece que van á tener siempre *el puchero á la funerala*.

¡Pobre Porquerón, y que mentecato le ha criado su señora madre!

**

Varias veces he oido hablar despectivamente del público español, porque no se entusiasma con el Teatro de Ibsem. Bien es verdad que los que así hablaban eran pedantones, de los que tanto abundan en la fauna literaria.

El teatro es el género que con más fidelidad debe retratar el corazón de cada pueblo. A un pueblo nebuloso, frío, cerebral, le van bien las creaciones simbólicas de Ibsem. A un pueblo pasional, como el nuestro, no.

No hay incomprensión por parte de nuestro público; es que se le habla en un lenguaje que no entiende bien, porque no es el suyo, y se le plantean problemas que no le interesan. España, es tierra de sol, de vino y de sensualidad. La pasión es violenta y el amor fraterniza con la muerte, tal vez, porque aun corre por nuestras venas la ardiente sangre mora, soñadora y fatalista. Somos un pueblo violento y no aplaudimos más que lo que nos apasiona. No olvidéis que España es el pueblo de los toros, que cada ciudadano es un hidalgo—tal vez un poco absurdo y un poco bárbaro—que tiene para todos los conflictos soluciones de sangre. Es la masa que aplaude al marido vengador y eleva á Diego Corriente, á la categoría de ídolo. Es el pueblo romancero que se exalta con la *Marcha de Cádiz* y se deja matar dentro, de unos menguados barcos de madera. Pueblo de heroicas tragicomedias, más rico de sentimentalidad que de ideas sansatas y comerciales.

Dadle fragancia, dadle pasiones, amor de celos, de sangre y de lujuria mora, y os comprenderá. Habladle al corazón, á su sencillo corazón que se conmueve con todos los bárbaros melodramas, sin que su razón se detenga pensar que á todo lo que le emociona, es tal vez, por absurdo, indigno de hacer vibrar las nobles cuerdas de su sensibilidad.

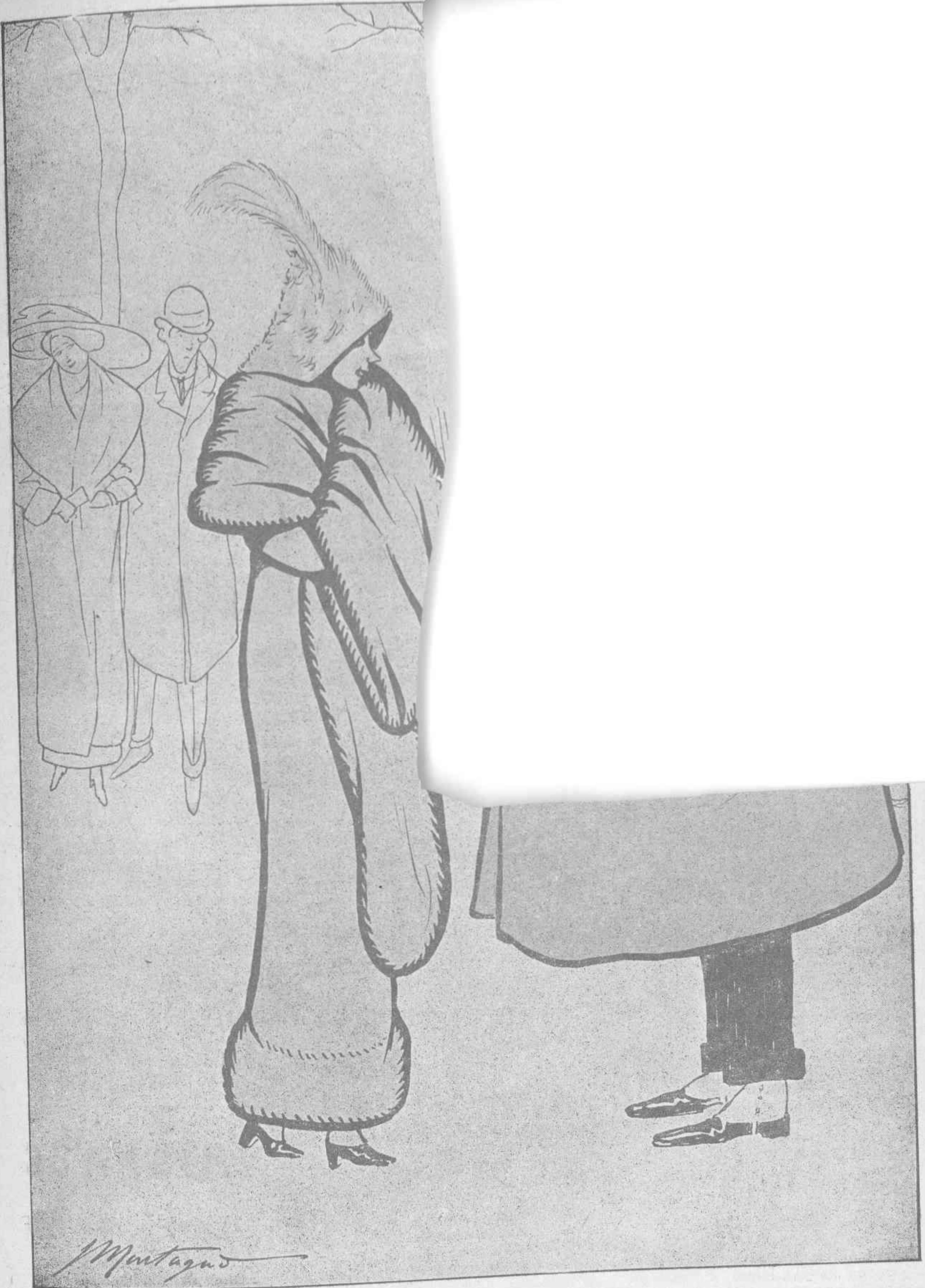
Es así y no de otra manera. Malo ó bueno ¡quién sabe! Sencillo y noble, por lo menos, y de que sienta sólo con las pasiones violentas, la culpa no es suya.

Yo creo que tiene la culpa el sol: el sol que arde en los ojos de las mujeres y es amor y pasión, es nuestra vieja sangre musulmana que lleva savia de rosas sensuales, y nos hace sonreír ante la muerte, con las pupilas visionarias fijadas en un más allá.

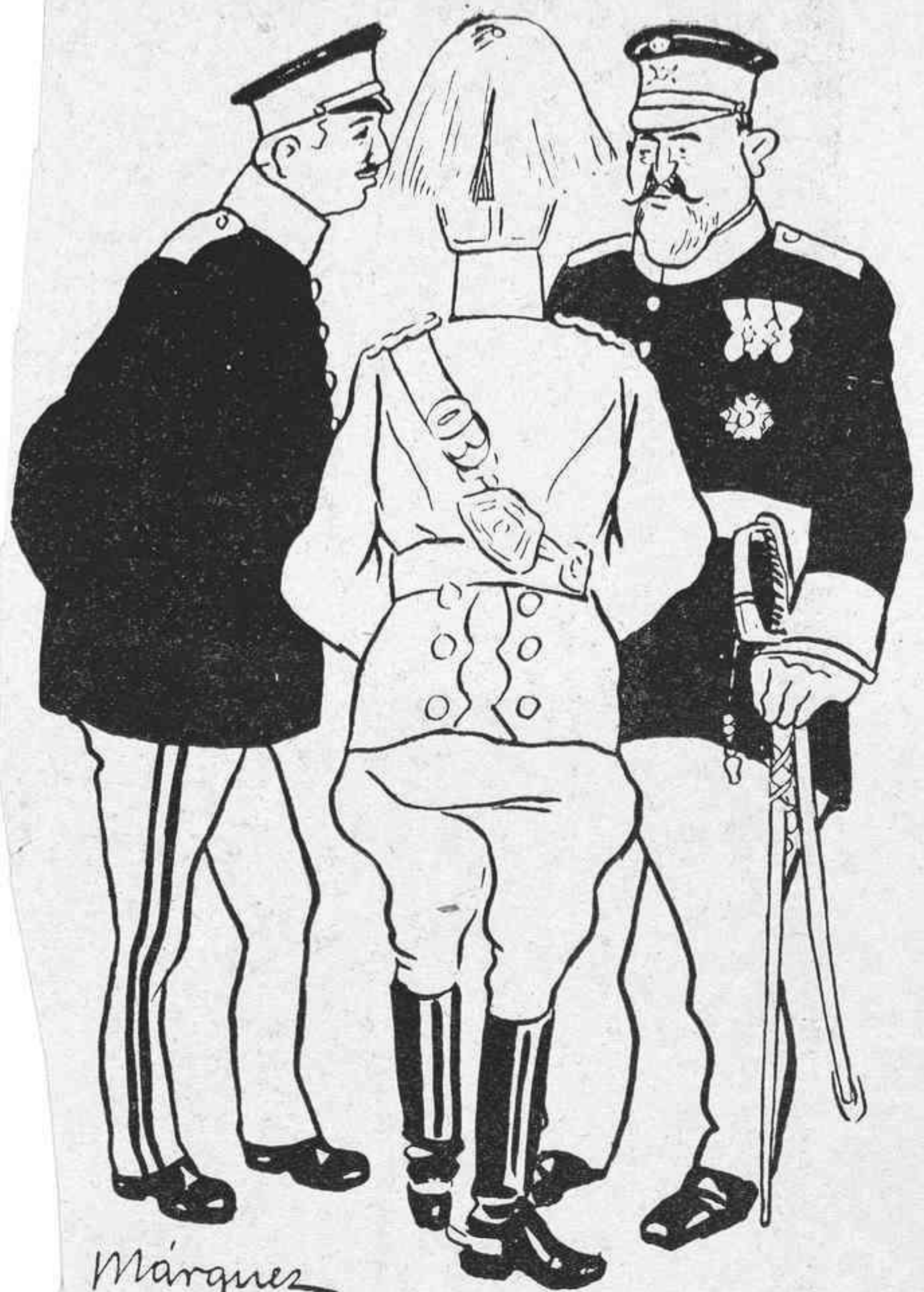
No hay que olvidar que somos los místicos y los aventureros.

Emilio Carrere





- ¿Dónde te metiste estos días, Pepita?
 — Estuve en la iglesia.
 —¿Tú? No lo creo.
 —Me comprometieron para una mesa de peticionero.
 —¡Ah, vamos! ¿Fuiste á pedir dinero? Por no perder la costumbre.



Márquez

—¿Adónde va usted tan de gala, á alguna boda.
—A un entierro.
—Viene á ser igual.

DE AYER A HOY

I

Con vestido negro
de crujiente seda,
ves á Margarita qué tristonada va.
No hay quien se le acerque,
quien hablarla pueda,
y es que á los *Sagrarios* va con su mamá.

Su mantilla es negra
de sutil encaje,
su mirada es triste de honda devoción...
¡y se vé en su rostro
huellas del *potaje*
conque nos castiga nuestra religión!

Fija en las baldosas
lleva la mirada,
demostrando en todo tímida actitud.
¿Quién podrá acercarse
ni decirle nada
si eso es una ofensa para su virtud? L

Con mantilla negra
y el semblante triste
cruza la anchurosa calle de Alcalá,
y aunque en sus alardes
de humildad insiste
sabe Dios, por dentro, lo que pensará.

Hoy va compungida
con recogimiento,
á adorar de hinojos la sagrada Cruz...
porque el día es triste
y en el firmamento
ni los astros brillan ni en el sol hay luz!

II

Toca campanero
toca presuroso,
y que el bronce atruene ensordecedor,
que hoy es día grande,
día majestuoso
Gloria y *Resurrexit* de nuestro Señor.

De un carruaje abierto
tiran dos corceles
que á la jerezana presumiendo van,
llenos de borlitas
y de cascabeles
que en su tintineo regocijo dan

¡Ahí va Margarita
con mantilla blanca
llena de claveles que es lo que hay que
con el rostro alegre, [ver.
la mirada franca
y como diciendo:—¡Paso á una mujer!...

Su mirar de fuego
va pidiendo amantes

y de oír sus risas asombrado estoy. ☐

¿Es esta la misma
que admiramos antes? ☐
¿Cómo es que ha cambiado desde ayer á
[hoy?

Es que hoy va á los toros
loca de alegría,
derrochando gracia, derramando sal
á lucir sus ojos
y su picardía
en nuestra brillante fiesta nacional.

Fiacro Yrayzóz.

Abril, 1912.!

CHISPAZO

PARA ANTONIO CASERO

Dicen que es mala señal
que se derrame la sal
y tal idea me espanta
pues tú que derramas tanta
lo vas á pasar muy mal.

Francisco Prada.

INFORMACIÓN TEATRAL



—Creí que estarías pasando la Semana Santa en Sevilla.

—Pues has creído mal, y «créeme» á mí, de buena gana me estaría á estas horas en la tierra de María Santísima; jaquellas mujeres, aquella manzanilla, aquel *pescao frito*, aquella Venta Eritaña, es media vida!

—Como si en Madrid escaseáramos de «despampanante» mujerío.

—Pero en Sevilla...

—Mira, si vas á continuar lamentándote de hallarte en la Corte, va á ser cosa de enviarte á la Venta... Eritaña, efectivamente.

—De algo hemos de hablar, y ya que novedades teatrales han escaseado...

—Hasta cierto punto.

—¿Te refieres á *Los espadachines*, que han pasado al cartel de la noche en el Cómicó, y que le ha venido proporcionando á Chicote tan buenas entradas como en las representaciones de tarde?

—No me refiero á eso, precisamente; sin embargo, me complazco en reconocer el creciente éxito de los Sres. Loma y Castillo, y auguro unos cientos de representaciones á la adaptación al castellano de *La dama de Monçateau*.

—Entonces piensas hablarme de la función á beneficio de Pilar Vidal, la irremplazable dama de carácter, y de muy buen ídem, por cierto, del teatro de Apolo.

—Tampoco es «por ahí»; pero bueno es que hagamos constar que doña Pilar tuvo ocasión, una vez más, con motivo de la función á beneficio suyo, de apreciar lo mucho que la quiere el buen público madrileño.

—Pues si tampoco es nada de esto lo que tú tienes que decirme, será que acaso háyase confirmado ya la noticia de que el poderoso *trust* periodístico, ó séase la Sociedad Editorial, han comprado la propiedad del diario nocturno *La Noche*.

—Te apartas por completo de la interesante novedad que ha *surgido* estos días, y que de seguro traerá cola.

—¿Que traerá cola? ¿Se espera la aparición de algún nuevo cometa que nos amenace con el fin del mundo?

—En efecto, chico, la vigilia te ha sentado muy mal...

—Ya que he empleado la palabrita aparición, ¿sabes, por ventura, que uno de estos días se va á poner á la venta un libro dedicado á asuntos teatrales, con declaraciones íntimas de las principales artistas, declaraciones verdad— que llevarán por título *De telón adentro*?

—¿Quién es su autor?

—Es secreto; hasta que dicho interesante librito se publique, no puedo de-

clarar el nombre del que lo que ha escrito.

—Te lo diré al oído. (.....)

—¿Qué me cuentas! Ya ardo en deseos de tener un ejemplar en mis manos.

—Se me ha metido en la *tête* que ese libro, *De telón adentro*, va á alcanzar un éxito extraordinario.

—Abundo en tu idea.

—Ya que te he confiado ese secreto y te he dado una noticia, desembucha tú ahora y no me hagas cabilar más; sin rodeos...

—Agarrate, que te vas á caer de espaldas.

—Bromas de mal género, no: soy todo orejas.

—Los mil veces aplaudidos autores, Sres. Perrín y Palacios, han retirado al maestro Lleó la nueva opereta en dos actos que ya habían leído y repartido en Eslava.

—¿La veda del amor?

—La misma. Es de aplaudir la determinación de dichos escritores. El maestro Lleó, de algún tiempo á esta parte, parece ser como que le falta la inspiración ó no quiere trabajar, y *prefiere* ver á diario, como ve, desierta la sala del coliseo del pasadizo de San Ginés, por falta de obras nuevas y mala dirección. Tal y como llevaba la partitura de *La veda del amor*—que tengo entendido que no había escrito ni una sola nota—, el estreno de dicha opereta hubiera llegado á verificarse cuando se terminen las obras de la Gran Vía.

—Entonces, *mañana*, como quien dice.

—No me explico la actitud de Lleó; se viene indisponiendo con casi todos los autores, los cuales le están dejando *encadenado* á las operetas vienesas.

—Si, si, que no se ocupe de otra cosa, ya verá el resultado que le va á dar toda esa música endeble que ha pasado de moda, y en la que únicamente despuntan vales más ó menos inspirados, de escaso valor.

—A mí, como á mucha gente, las operetas extranjeras no me llaman la atención, y las que últimamente nos han presentado no han pasado de regulares.

—Aproximándose á malas.

—Yo conozco algo del libro de *La veda del amor*, y, ó mucho me equivoco, ó sospecho que si tienen sus autores la suerte de que el maestro que la ponga en solfa acierte, el éxito será de los más grandes que se registren en el teatro.

—¿Qué empresa se llevará este regalo?

—¡Vaya usted á saber! No sé si te habrás enterado de que el doctor Madrazo se encuentra en Madrid; ha veni-

do á preparar los estrenos de dos obras suyas; una en tres actos titulada *Herencia y educación*, y otra en uno, que lleva por título *Pequeñeces*. En la primera de dichas producciones trata de los problemas médico-sociológico-pedagógicos; y en la segunda el tema es esencialmente medicinal.

—Serán dos estrenos de importancia, á los que prometo asistir.

—Y yo también. *Deo volente*.

—En el Gran Teatro se prepara una temporada de lo más brillante que te puedes figurar. Sicilia, á quien no le duelen prendas, ha tirado la casa por la ventana arreglando el hermoso coliseo. Ha mandado construir nuevos y caprichosos aparatos de luz, aumentando en la sala novecientas lámparas sobre las ya existentes.

—Será para que nadie dude que el empresario tiene mucha *luz*. Las butacas son nuevas, elegantes, anchas y cómodas, de cuero y roble. La embocadura del escenario ha sido rehecha, y el escenógrafo señor Mellá ha pintado un lujoso telón de boca.

—Ese «individuo» si que podrá decir «esa boca es mía».

—Los vestíbulos han sido ampliados y decorados artísticamente. Para mayor comodidad del público, se abre un abono á diez lunes benéficos, patrocinado por la Unión de Damas españolas.

—Mucho patriotismo me parece ese.

—Con plausible acierto, la empresa establecerá secciones populares con rebajas de precios; dicha sección comenzará á las nueve de la noche invariamente.

—¡Buena *idelca!*, que diría el representante de la empresa, señor Melantuche.

—El cuadro de compañía no puede ser más perfecto de lo que es. Actrices, Asunción Aguilar, Isabel Belenguer, Elena Cuevas, Juana Estela, Soledad García, Acacia Guerra, Rosario Leonis, Aurora Mato, Pilar Perales, Enriqueta Revilla, Clotilde Romero, Felisa Torres, Rosa Torregrosa, y etc., etc., etc. Actores, Carreras, Medina, Ontiveros Vera, Montes, y etc., etc., etc. Tan bien M. Fernández de la Puente es el director de escena.

—No dejaremos de ver algún estreno suyo.

—Con tal de que sea bueno...

—Y...

—Por hoy nada más; prepárate para la semana próxima, que, por ser tan pródiga en novedades teatrales, nos veremos obligados á charlar más que un loro. ¡Ah! Se me olvidaba. Ya te habrás enterado de que Vicente Pastor está en Madrid.

—«Epigramático!...» Colirón.

A. E. G. Thomson Houston Ibérica S. A.

MADRID-BARCELONA-BILBAO-GIJON
SEVILLA-VALENCIA-ZARAGOZA-LISBOA-OPORTO
Talleres en Madrid

NUEVA LAMPARA EGMAR

ECONOMIA
75 %

ECONOMIA
75 %



DE ALAMBRE DE METAL TREFILADO

UNICA IRROMPIBLE